Día 9

SALMO 37

«Encomienda al Señor tu camino;
confía en él, y él actuará»
(Sal. 37:5).

En este salmo encontramos una exhortación a la necesidad de deleitarnos y confiar en Dios. En medio de nuestras aflicciones, cuando nuestro corazón sufre el embate de serias amenazas que roban la paz, la pregunta es: ¿dónde estamos poniendo nuestra confianza?

Mientras las circunstancias de la vida nos favorecen, esa realidad del corazón puede pasar desapercibida. Pero es en las pruebas cuando somos realmente desafiados a revelar nuestra verdadera fuente de confianza y protección.

Aquí, de manera general, el salmista nos ilustra la dinámica esencial de nuestra relación con Dios. Es un proceso donde, por un lado, somos exhortados a confiar y deleitarnos en Dios y, por el otro lado, Dios promete bendecirnos. El texto señala: «Confía en el Señor y haz el bien; establécete en la tierra y mantente fiel. Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón» (vv. 3-4). Somos llamados a cultivar una relación de intimidad con Dios, a tener en Él tanta confianza y deleite, que transforme completamente nuestros deseos y aspiraciones en esta vida. Debemos alcanzar un deleite tan profundo en Dios que terminamos deseando más de Él.

Este deleite en Dios se refleja en cómo aprendemos a depender de Él. Encontramos, en primer lugar, el deber al cual todos somos exhortados: «Encomienda al Señor tu camino; confía en él…» (v. 5).

Basado en una experiencia de intimidad con Dios, ahora somos movidos a confiar en Él. En otras palabras, habiendo experimentado Su bondad y Su

fidelidad en el pasado, entonces somos motivados a rendirnos en nuestros desafíos presentes.

Es una dependencia que tiene como fundamento un conocimiento experimental de Dios. Es una rendición que tiene como base un deleite. ¡El orden no puede ser alterado!

Nuestra capacidad de rendirnos y confiar en Dios es directamente proporcional a nuestro grado de conocimiento de Él. Es una obediencia que nace de intimidad previa.

Cuando hablo de encomendarnos me refiero a entregarnos por completo. Es un acto de fe donde me declaro totalmente dependiente de Dios. Hasta que no veamos nuestra pequeñez e incapacidad, no podremos apreciar la grandeza de Dios. Es un obligatorio reconocimiento que producirá la necesaria humildad. En otras palabras, mientras Dios aparezca como una simple opción, lo más que podremos alcanzar es una apreciación, pero no una rendición. El límite de mi posibilidad es la antesala para la oportunidad de Dios.

El texto concluye con la respuesta de Dios: «… y él actuará» (v. 5). Es una muestra del poder Dios que viene luego de una muestra de humildad en nosotros. Dios actúa cuando el escenario está despejado y asume el rol del personaje principal. El texto es una promesa de que Dios dispondrá Su bondad y Su poder para hacernos el bien. La idea es que Dios tomará el caso en sus manos; Él cumplirá sus promesas.

¡La verdadera ayuda viene cuando nos rendimos a Dios totalmente porque lo conocemos íntimamente!